

DOI: <https://doi.org/10.22201/ffyl.01860526p.2004.12.744>

SHAKESPEARE, William, *Sonetos*. Ed. bilingüe, trad. e introd. de Fernando MARRUFO. México, UNAM / Universidad de Yucatán / Instituto de Cultura de Yucatán / Fundación Fernando Marrufo, A. C., 2003.

En el mundo de los estudios sobre Shakespeare resulta frecuente hallarse en la incómoda situación de evaluar una tarea cuyas dimensiones, virtudes o fallas parecen inmoderadas. No sobra añadir que semejante incomodidad casi invariablemente afecta sólo al comentarista en turno, pues la mayoría de las veces Shakespeare se las arregla para salir por la puerta menos esperada ileso, inasible y, lo peor, descaradamente socarrón, burlador de quien desea aprehenderlo o ceñirlo, ya sea tratando de establecer este o aquel asunto sobre un grupo de sus obras dramáticas, o de alcanzar una interpretación totalizadora de alguna en particular. El libro que me ocupa, luego, se distingue en dos instancias.

En primer lugar, independientemente del idioma en que se ha escrito, el volumen destaca porque, de dos maneras, aborda en su “totalidad” la “obra” —llamémosla así por lo pronto— más esquivada y desafiante en la historia del fenómeno al que nos referimos mediante el nombre de “Shakespeare”: los ciento cincuenta y cuatro sonetos recogidos por vez primera en 1609, en una edición en extremo problemática. En segundo —esto sí ligado estrictamente a la lengua española— sobresale el que se contenga una traducción *completa* de esos sonetos, en verso rimado, por parte de un escritor mexicano (oriundo del estado de Yucatán, para más señas): Fernando Marrufo, cuyos datos primarios aparecen en la solapa y contraportada del volumen, y quien, debido a su reciente deceso, no pudo contemplar el resultado final de sus esfuerzos ni sostener otra conversación con sus comentaristas que la que se logre reconstituir a través de la introducción que escribió para este volumen “bilingüe”.

En la primera instancia la obra de Marrufo se inscribe entre un sinnúmero de otras, de mayor o menor fortuna, de mayor o menor seriedad, que han intentado —con sólo unos cuantos aciertos que en justicia podríamos llamar trascendentes hasta la fecha— circunscribir los sonetos shakespearianos a alguna posible verdad. Sea esa “verdad” lírica, poética, hermenéutica, biografista, política, histórica o meramente ociosa, siempre comenzará con la grave desventaja de combinar dos de las palabras que con toda deliberación he utilizado: “circunscribir” y “verdad”. Nada hay más infructuoso en relación con Shakespeare en general, y con los sonetos en particular, que postular una “verdad” que lo o los circunscriba, sobre todo si se le trata de caracterizar como “la” verdad.

De entrada, esto quizá sólo se deba a que el criterio de “verdad” está excesivamente lejos de circunstancias fehacientes o estrictamente comprobables a los cuatrocientos y más años que nos separan de tales fenómenos. Sin embargo, la esterilidad de semejantes postulados se debe más —y más inquietantemente— a una pseudocultura de la verdad shakespeariana que se desprende de la petrificación del buen Will como lugar común del occidente, producto ya sea de tantos años de divulgación reductiva —hija legítima de la ingenua ignorancia— o bien (peor aun) de una exquisitez pretendidamente pensante que a menudo raya en la obsesión o, con no menos frecuencia, de la falta de prudencia, carencia de pudor intelectual, regodeo en la especulación de nivel alarmista, o franca necesidad de justificación académica, ya sea chambista o vital. En su disfraz de propiedad “universal” Shakespeare suele desdibujarse hasta la aglomeración de los más infames barruntos, ya sea explícitos o implícitos en gruesos errores de razonamiento. Por serle de suma utilidad, la

herencia maldita de la educación “civilizatoria” eurocéntrica elevó a Shakespeare a un pedestal y nos lo embutió como portador de incuestionables “verdades del alma” y sabiduría aburguesada, escamoteándonos con enorme frecuencia el placer del dramaturgo y poeta ciertamente extraordinario que emerge de la lectura y escenificación crítica y creativa. En otras palabras, la cortina de humo que rodea a Shakespeare es densa en extremo, y raramente se encuentra con otra cosa para disiparla que los propios lugares comunes que ella misma ha trazado en mentes ávidas de definiciones que no rebasan el nivel de lo fácil, a pesar de las complicaciones con las que adornan especulaciones pseudoautorizadas o francamente carentes de imaginación.

En este escenario, el trabajo de Marrufo resulta ambivalente y merece comentario puntual y justicia tanto para lo bueno como para lo malo, con el reconocimiento de que a ambas cosas las caracteriza una honesta intención y comprobada valentía, derivadas, a su vez, de una igualmente válida intuición que no siempre redundan en el saber o la fortuna. Por ello, quisiera abocarme primeramente a la segunda instancia en que, según he dicho, se inscribe su labor: la de la traducción de los sonetos al español.

El trabajo de Marrufo —más de la mitad del cual había ya aparecido en otro volumen— no carece de antecedentes completos o incompletos en nuestra lengua; ni siquiera en nuestro país, contrariamente a lo que podría parecer. Es obvio que algunos sonetos, en cantidades grandes o, como es más el caso, pequeñas, han sido traducidos en España, México, Colombia, Argentina, Cuba y demás países hispanoparlantes. Sin embargo, son contadas las ocasiones en que ello ha sucedido en su totalidad. Aquí existe un mérito, pues, y no escaso, dado que Marrufo no escogió la prosa por vehículo, cual sí lo hicieron, por ejemplo, tanto el español Luis Astrana Marín, el traductor “completo” más comúnmente consultado en nuestra lengua, como Benjamín Trujillo, el casi desconocido pero asimismo “completo” traductor de estos sonetos en México, quien en 1975 publicó en Baja California una versión de los ciento cincuenta y cuatro poemas de marras, prosaica y llena de imprecisiones pero configurada verso a verso. Marrufo tuvo la admirable osadía de optar por la forma del soneto en verso rimado. Quizá ahora mismo alguien se pregunte si existe otra manera de traducir un soneto. Quien tenga algún contacto con el fenómeno de la traducción de manera creativa, inteligente y responsable sabe que desde luego existen otros modos de lograr la traducción de un soneto. Pero no se trata de discutir eso.

De lo que sí se trata es de poner en perspectiva la decisión de Marrufo. No es ésta, a juzgar por su propia disquisición alrededor del tema en la

introducción al volumen, una decisión respaldada por la erudición shakespeareista sustancial y actualizada —como sí lo sería, por ejemplo, la de Ángel Luis Pujante y Clara Calvo, de la Universidad de Murcia, quienes ahora mismo se dedican a una minuciosa tarea conjunta de traducción completa en forma de sonetos.¹ La decisión de Marrufo, en cambio, parece desprenderse de una habilidad como versificador imaginativo parcialmente enfundado en la camisa del estudioso del verso. Marrufo resulta un traductor de considerable intuición e ingenio; por tanto, es capaz de arrancar del poema de Shakespeare en múltiples ocasiones un soneto de valía y música propias, aunque en otras el producto esté lleno de bemoles que asustarán al semántico estricto —poca cosa, en verdad— o provocarán abundantes interrogaciones a quien sea capaz de leer los originales más allá de su profunda capacidad de asombro y engaño colorido.

El mero arrojito de Marrufo merece atención y frecuentemente invita a la degustación, o cuando menos a la evaluación pensante. Su logro principal radica en no apegarse a las zafias exigencias de la aburrida e indeseable —pero aún muy venerada en nuestro medio— *Madonna* de la Semántica Inmaculada, si bien, como he dicho, en ocasiones su lectura y consecuente versión de algún soneto adolecen de fallas de comprensión (20, 130). En tanto traductor, a pesar de su repetida declaración de buscar la “fidelidad” al texto o la “preservación” de su “espíritu” —mediante lo cual hace poca justicia a su verdadero método— en la mayoría de sus mejores versiones Marrufo alcanza a crear verdaderas sombras especulares mediante las cuales el soneto en cuestión transita desde el texto de Shakespeare hasta el suyo. Lo mejor de Marrufo, pues, se muestra cuando se lleva un soneto de viaje —más estrictamente, de *translatio*— y nos lo trae de vuelta aún y legítimamente disfrutable [...] o a lo menos reconociblemente audaz o provechosamente discutible (57, 87, 116, 126). Resulta por entero comprensible, así, que ciertas herramientas de este traductor, y por ende ciertas piezas, carezcan de filo para cortar en las más jugosas ofertas que hacen el verso y el imaginario shakespeareano (73, 117). Lo que no puede pasarse por alto, empero, es el singular compromiso personal con ambas materias, texto de origen y traducción, que demuestra este traductor intuitivo y creativo.

Las más de las veces, pues, el mérito de Marrufo es el del traductor-ejecutante; esto es, reside en hacer del soneto en cuestión una decidida y

¹ El proyecto de estos dos sobresalientes académicos españoles, valga abundar, también contempla la redacción de una introducción que, a juzgar por el rigor que caracteriza a ambos, podría ser la más completa y confiable jamás escrita en lengua española.

consecuente ejecución artística, específica, única y ciertamente efímera, tal vez limitada en su productividad o alcances, pero no por ello menos atrevida y digna de llamarse precisamente traducción: nada que pretenda agotar o capturar en su totalidad el texto de ejecución sino, como (según yo) buena traducción, algo que apuesta a cifrarse aquí y ahora, en contraste con sus antecedentes y en espera de futuros cómplices y rivales. Este volumen, llamado *William Shakespeare Sonetos*, podría precisarse, luego, como *Los sonetos de Shakespeare en movimiento mayormente alegre hacia los sonetos de Marrufo*. Lo mucho que sus versos dejan atrás del poeta isabelino —o moderno incipiente, para ser estrictos con la historia y la memoria de un arte ávido de sí mismo y en permanente lucha con, y persecución del, lenguaje— la poética ecléctica de Marrufo reintegra en muchas versiones, con agallas para darse límites o pátinas de Siglo de Oro al tiempo que gustosa adopta soluciones de pragmatismo entre color convencional decimonónico, cultismo trashumante y expedito, o abierto juego vernáculo y de trova.

Sin duda, leer este ejercicio vale la pena: va más allá del típico producto del diletante miope o del coleccionista de pasatiempos lustrosos. El trabajo de Marrufo en lo que concierne a la *práctica* de la escritura traductora (lo que arriba denominé la segunda instancia que destacar sobre este libro) es tan loable en su dimensión general y tan discutible en sus particularidades como casi cualquier otro.

En la primera instancia de inscripción que antes mencioné, sin embargo, es decir, en lo que toca a la contribución al conocimiento y estudio de Shakespeare y de sus sonetos en cualquier idioma, el volumen resulta triste, sorprendente y simplemente deplorable.

El primer aspecto débil de esa introducción es la franca, si bien explicable, *bardolatría* que rezuman sus páginas. “Bardolatría” es el término empleado entre shakespearistas para designar la muy común y hastiante inclinación (ya sea del poco o del algo enterado) a sostener todo juicio, evaluación o recuento sobre Shakespeare en la presunción de una excelencia incuestionable, una actitud de devoción idólatra —de ahí el epíteto— hacia el manido “Bardo” de Stratford, promovida sobre todo durante el siglo XIX por la antes mencionada educación imperial inglesa, en lugar de partir de una postura crítica e interrogativa afinada tanto por la propia historia de la cultura como por la muy desarrollada investigación actual acerca de los límites y alcances reales del poeta-dramaturgo en relación con su época, contemporáneos y sucedáneos, con el apoyo de documentación fehaciente y sensibilidad crítica más allá de las especulaciones semifolclóricas que lo han asediado y reducido hasta nuestros días.

En seguida, más gravemente y sin afán de exagerar, debe señalarse que la información que Marrufo maneja en su texto introductorio requiere de cuando menos cuarenta años de actualización. Su conocimiento del fenómeno Shakespeare en lo general, y de los sonetos en particular, es el de quien devoró hace mucho tiempo, y sin mucho cuestionamiento, las consejas, falsas conclusiones y suposiciones más burdas y a la vez insignificantes sobre el poeta, hoy relegadas al desván de lo meramente curioso, ingenuo, irreflexivo o francamente ridículo. Ello conduce a que el contenido de la introducción sea, por decir lo menos, equívoco, que esté lleno de lugares comunes, legendarios o de origen simplemente incomprendible. Peor aún es que Marrufo diga lo suyo tan categóricamente como lo dice, que hable con una confianza seguramente persuasiva para el lego absoluto. A su vez, tal confianza vuelve la lectura de su volumen aún más intrigante, pues las *traducciones* parecen demostrar una familiaridad con exégesis y estudios de mejor cuño que los que han informado *el texto introductorio*.

Por otra parte, ninguna atención se da a los enormes y cruciales problemas y debates *textuales* que caracterizan y rodean a la primera edición de los sonetos de Shakespeare (y a las subsecuentes); simplemente se da por hecho que el orden de la edición de 1609 es autoral, lo cual resulta notorio en una edición universitaria, pues en nada contribuye a educar al lector y sí mucho a perpetuar los más fundamentales errores relativos al autor y su obra. El lector sin duda podrá hallar en principio interesantes las especulaciones biográficas, nunca ausentes en ediciones de los sonetos, pero aquí se les halla limitadas por la fragilidad de las lecturas y la imaginación personal de Marrufo, así como salpicadas de imprecisiones y folklore francamente caduco. Plagados de serias imprecisiones también están los pasajes relativos al soneto inglés como forma poética y, de manera más cuestionable, los dedicados a asuntos técnicos de versificación, tanto en inglés como, alarmantemente, *en español*. Para rematar, al revisar el contenido en inglés, queda de manifiesto otro problema editorial de importancia, pues en ningún lugar se identifica la fuente de los textos “originales” que se reproducen en las páginas pares del libro. No se trata, desde luego, de una reproducción de los sonetos cual fueron publicados en 1609² sino de una edición “moderna”; esto es, textos cuya grafía y puntuación han sido homogeneizadas por un erudito, quien así-

² A pesar de que en este volumen *sí* se reproducen tanto la portadilla como la famosa y “controvertida” dedicatoria del volumen original.

mismo, conforme a prácticas frecuentes, que no compartidas por todos los eruditos shakespearianos, ha “corregido” o “añadido” lo necesario, según sus autorizados criterios. ¿Pero de qué edición se trata? ¿Qué textos en inglés se están ofreciendo al lector?

Habrá quien crea que estos son asuntos de índole académica nada pertinentes al volumen. Me permito diferir, en tanto el sello de edición, en dos de sus partes, corresponde a firmas universitarias, y también en tanto el esfuerzo de Marrufo como traductor merecería ser introducido mediante un estudio menos impreciso y que contribuyera una orientación más crítica. La presentación que el Marrufo comentarista hace del origen de su materia, Shakespeare, y de su propio trabajo, dista de estar en consonancia con la valía de la tarea práctica cumplida y más aún con el mínimo de calidad académica y editorial que se esperaría —que habría que exigir, más bien— de una publicación con sello *universitario*.

Lo cual no significa que el autor de la introducción al volumen sea responsable de nada más que su tenuidad crítica. Marrufo no peca de otra cosa sino de haber sido, como tantos, un lector, quizá ávido, de cierta literatura anticuada y ligera relativa a Shakespeare, su obra y su tiempo. De haber aparecido sólo como publicación de su propio fondo cultural o sello privado, este volumen —debido a su introducción, insisto, que no a las traducciones en sí— podría haberle costado a su autor nada más que un par de diatribas innecesarias. Al publicarse con sello de la UNAM (nada menos) y subsidiariamente de la Universidad de Yucatán y el Instituto de Cultura de Yucatán, el libro se convierte en un caso de lesa sensatez editorial. Es difícil creer que en la dirección de publicaciones de la máxima universidad del país no hubiese quien notara que la introducción de Marrufo pedía a gritos cuando menos un par de opiniones antes de darla a la luz como antecedente de la loable labor del traductor.

Tal cual se presenta, este libro es valioso por el trabajo práctico, que revela un amor estricto y paciente por el contenido poético; no obstante, resguarda una no menos amorosa pero altamente disonante, tenuidad divulgatoria. Al igual que los sonetos de Shakespeare, si bien de manera más circunscrita y determinable, este libro anda a dos pasos entre la mar y la orilla: lamentablemente, es mucho más valioso en la vasta y aceptablemente cumplida tarea de la escritura creativa que en el trajín crítico y educativo.

Alfredo MICHEL MODENESSI